EL GORRO DE DORMIR,

PIEZA CÓMICA EN UN ACTO,

TRADUCIDA LIBREMENTE DEL ITALIANO

POR

ANTONIO MARIA SEGOVIA.

MADRID:
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1868.

EL GORRO DE DORMIR.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elgorrodedormirp00sego_0

EL GORRO DE DORMIR,

PIEZA CÓMICA EN UN ACTO,

TRADUCIDA LIBREMENTE DEL ITALIANO

POR

ANTONIO MARIA SEGOVIA.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el 11 de Febrero de 1868.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.

717687

PERSONAJES.	ACTORES.
DIANA	Doña Elisa Boldun.
ROSA	Doña Adela Zapatero.
AQUILES	Don Juan Catalina.
UN SASTRE	Don Manuel Steso.
CARTERO	Don Federico Tamayo.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

La escena representa salon corto; ventana á la izquierda; una puerta al foro, y otra á cada lado.

ESCENA PRIMERA.

DIANA y ROSA.

DIANA. (Á la ventana.) Abur, abur! Que vuelva usted lo más pronto posible. (Viniendo hácia Rosa.) Qué contenta estoy! Qué fortuna!

ROSA. Y luego dirán que las mujeres... Ya! ya! Cuando nosotras nos ponemos á ello, no hay quien nos resista. Vea usted ese hombre, que parecia un oso.

DIANA. Pobrecillo! Pues si es un bendito!

ROSA. No, no, pues las trazas...

DIANA. Sí, la corteza un poco áspera, pero el fondo... Casi todos los marinos son así.

ROSA. Yo como nunca he tratado con gente de la mar...

DIANA. Pero, cómo se ablandó al fin!

ROSA. Cuando una mujer jóven y guapa se pone interesante, y suspira, y halaga, y deja asomar una lagrimita...

DIANA. Vamos, le he conquistado.

ROSA. Qué! si está ya chocho por usted. Y mire usted el escudito de oro que me dió al marcharse; no hay para una

criada mejor viña que tener un secreto que guardar de un marido.

DIANA. Pues mira qué bolsillo tan lindo me ha dejado á mí hoy, despues de tanto gasto como lleva ya hecho. Mírale qué bien relleno. (Mostrándole el bolsillo.)

ROSA. Mejor que de trufas, cáspita! (Diana guarda el bolsillo en la cómoda.)

DIANA. Qué conmovido estaba cuando yo le referí nuestros apuros!

ROSA. Apuros que llegarian á dar con todos en el hospicio, por las imprudencias del tal don Aquiles.

DIANA Todo por ser el pobrecillo demasiado bueno. Los amigos le han arruinado, y por querer reponerse, se ha embarrancado más y más. Solo por librarle de una catástrofe me he decidido á quebrantar sus órdenes. ¿Querrás creer que tengo escrúpulos como si hubiera hecho algo malo?

ROSA. Pero, señorita, aquí se juega limpio. Es por su bien, y si no hubiera sido por nosotras...

DIANA. Nosotras! Me da risa!

ROSA. Pues digo bien. ¿No fuí yo quién le aconsejé á usted que...

DIANA. Pero, ¿qué vamos á hacer si mi marido me pregunta de dónde ha salido tanto dinero? Porque hasta que se hagan amigos, el otro no quiere...

ROSA. Nada, le dice usted al amo que tambien usted se ha metido en negocios, y que le han salido bien.

DIANA. Bravo! Y eso en ocho dias y sin capital!

ROSA. Todo se lo tragará: él sabe que puede tener en usted entera confienza; y la alegria de verse rico no le dará lugar á cavilaciones. Despues, cuando sepa...

DIANA. Ay! se pondrá furioso!

ROSA. Quiá! Dicen que el mejor calmante es el opio, y yo digo que las monedas.

DIANA. Cuando vea mis vestidos nuevos!

ROSA. Pues y el mueblaje del salon?

DIANA. Y el caballo tan hermoso! Él que se muere por los ca-

ballos!

ROSA. Se va á creer que está soñando!

DIANA. Sí, pero cuando descubra de cúyas manos viene todo...

ROSA. Prorumpirá en mil exclamaciones, se le irá toda la fuerza por la boca, y al fin, créame usted, señorita, se alegrará.

DIANA. Dios quiera que sea pronto, porque yo no nací para embelecos ni patrañas.

ROSA. Es decir, que nació usted mujer, pero... poco mujer: vamos, no quiere usted probarse el vestido nuevo?

DIANA. Qué bonito es! Y estoy segura de que me sentará muy bien.

ROSA. Divinamente!

DIANA. De veras? Vamos á verlo.

ROSA. Aaah! Lo que es en tocando ese punto, todas somos mujeres. (Vánse muy regocijadas.)

ESCENA II.

AQUILES, saliendo con cautela por el foro.

No está mi mujer. Me alegro. Las piernas me tiemblan sólo en pensar si me la encontraria aquí de manos á boca. Pobre Diana! Cuando ella sepa mi desgracia! Yo que le habia prometido volver casi millonario... ¡traerle el oro y el moro... Nada de oro; ni he visto más moro que ese que vende dátiles.—Dicen que á los españoles nos falta espíritu de asociacion. Yo dije, por espíritu no ha de quedar: asociémonos, y salga el sol por Antequera! Y mientras salia el susodicho sol, yo me quedé á la luna de Valencia! Vaya usted á asociarse con una que se llama *compañia*, y luego resulta *cuadrilla*... de bandoleros!... aquel... *socio*, que me dijo que él *corria* con los fondos. En efecto, echó á *correr con ellos*, y es regular que no pare hasta Nueva-York... Y ahora ¿qué hago yo? Una idea tremenda bulle en mi mente. El suicidio... Pero yo he visto varios suicidas, y se quedan tan feos!... Y mi Arturo! Mi único pimpo-

llo! Mi desventurado renacuajo, al que yo pensaba legar toda mi opulencia!... Y ahora... ahora... ni aun podria costear el testamento declarándole heredero universal de la inopia y del hambre que constituyen su legítima paterna. Y si no pago á la nodriza que le tiene en el lugar, será capaz de quedarse con mi rapazuelo como prenda pretoria. (Pausa.) No hay remedio. Tengo que apelar al último arbitrio... Enmudezca el orgullo, y roconciliémonos con el único hombre que puede darme amparo. (Se acerca á una mesa y escribe.) Está hecho!—La humillacion se ha consumado.—Corramos.—Pero, ¿y me he de ir sin ver á mi Diana? No. El zapatero del portal... (Llamándole por la ventana.) Toribio! Maestro! Hágame usted el favor de dejar por un momento el tirapié y llevar esta carta al estanco. (Se la arroja y vuelve.) Oigo pasos... Será mi mujer... Yo desfallezco... (Se arroja con aire abatido sobre un sillon.)

ESCENA III.

DICHO y DIANA, muy elegante con sombrero y vestido de seda.

DIANA. Tú aquí, Aquiles! ¿Por dónde has entrado? ¡Cuánto me alegro!... Pero qué tienes? Estás todo demudado! ¿Por qué revuelves así los ojos?

AQUILES. Ah! Diana! (Se levanta con ademan trágico y la abraza.)

DIANA. Me espanta el verte! Qué tienes?

AQUILES. Ah! Diana! (Más fuerte.)

DIANA. Pero por Dios, Aquiles. ¿Te ha sucedido alguna desgracia?

AQUILES. Ah! Diana... La mayor de todas las desgracias. Soy un miserable! Me he quedado alpiste. ¿Tú sabes lo que es alpiste? Quiero decir que estoy tronado, que no me resta ni la esperanza de soñar con la sombra de un maravedí!... Si yo fuera un negro, te diria, llévame á América, Diana, arrostra los furores de Inglaterra, quebranta los tratados, ríete de la *Cabaña del tio Tom*, y véndeme por esclavo. Pero aquí en pais civilizado,

el hombre no tiene valor intrínseco como la mula y el asno, y no queda más remedio que morirnos de hambre!

DIANA. Pero... (Sonriéndose.)

AQUILES. No hay pero que valga, querida consorte; estoy completísimamente arruinado.

DIANA. ¿Y por eso te apuras? (Siempre jovial.)

AQUILES. San Pancracio! Te parece poco?

DIANA. Me parece nada.

AQUILES. Pero tú ignoras, desdichada criatura, que el dinero es la sangre que circula por las venas de la sociedad, y aun por las del individuo, y que sin dinero no somos otra cosa que cadáveres ambulantes!

DIANA. Desatino! ¿Qué son las riquezas en cotejo de la salud y de la paz del alma?

AQUILES. Tú menosprecias las riquezas! Oh! Diana!... Tú eres... un fénix con faldas. Si hubieras vivido en la antigua Grecia, en vez de siete, se hubieran contado ocho sabios... ó, por lo ménos, siete sabios y una sábia.—Y ahora que reparo... No estás tú poco maja!... Qué sombrero! Qué vestido!

DIANA. No es verdad que es muy bonito? y que me sienta muy bien?

AQUILES. Pero lo que á mí sentará muy mal será la cuenta de la modista.

DIANA. Pues me he mandado hacer otros tres.

AQUILES. Aaaay! ay! ay! Diana, yo te expulso del grupo de los sabios de la Grecia.

DIANA. Já! já! ¿Porque me mando hacer ropa? Pues si no tenia que ponerme.

AQUILES. Pues no que yo! Mírame, y dime si no me voy pareciendo á Diógenes.

DIANA. Mal estás, pero descuida, que yo te aviaré de todo.

AQUILES. Qué es eso de aviar?

DIANA. Quiero que mi maridito vaya muy bien vestido, y á la última moda.

AQUILES. Cuenta con eso, Diana, que entre los maridos de última

moda, los hay...

DIANA. Déjame á mí y calla, tonto.

AQUILES. Diana! Tú quieres burlarte del infortunio de tu marido!

DIANA. ¿Cómo puedes creer...

AQUILES. No lo hubiera creido, pero el hecho lo demuestra. Te repito que estoy sin un cuarto. Hoy deberiamos recoger á nuestro pobre Arturo y...

DIANA. Ya está todo eso andado.

AQUILES. Eh?

DIANA Te digo que yo me encargo del niñito.

AQUILES Sí; pero yo, yo soy quien tengo que encargarme de la nodricita, es decir, de su cuentecita.

DIANA. Ya está pagada.

AQUILES. Eh?... Pagada!

DIANA. Cuando te digo que sí!

AQUILES. Diana, vuelvo á colocarte entre los sabios de la Grecia.

DIANA. Muchas gracias! Y ahora me marcho.

AQUILES. Aguarda—tengo acá un escrúpulo. Con diez duros escasos que te dejé al ausentarme, ¿cómo has podido...

DIANA. Eso no es cuenta tuya, déjame á mí y verás como las cosas van bien.

AQUILES. No digo que vayan mal. Pero es menester que yo sepa...

DIANA. Ea, me voy, que me está esperando la modista. (Aquiles quiere detenerla, pero ella se escapa.)

ESCENA IV.

AQUILES, solo.

Ay! ay! ay! Qué laberinto es éste? Que yo no me meta en nada; que ella lo arreglará todo; que ha pagado al ama de cria; que se ha hecho cuatro vestidos... ay, ay, ay! (Se oyen martillazos.) ¿Quién hace ese ruido? parece que estan martillando en la sala. (Va á la puerta y mira.) Calle! Tapiceros en mi casa! Y la Rosa en ademan de mandar la maniobra!... Rosa, Rosa, sal acá fuera.

ESCENA V.

AQUILES y ROSA.

ROSA. Ay! que está aquí mi amo! Yo no sabia... Muy bien venido, señorito! ¿qué tal el viaje?

AQUILES. Perfectamente.—Pero vamos á lo que importa... ¿Qué hace esa gente en la sala?

ROSA. Son tapiceros.

AQUILES. No pregunto *qué son*, sino qué hacen; y quién los ha llamado.

ROSA. Si viera usted que bonito lo estan poniendo todo! Cortinas de seda, visillos de muselina de la mejor; un hermoso espejo; cuatro butacas de terciopelo; la silleria...

AQUILES. Butacas de muselina! Espejos de terciopelo! Pero...

ROSA. Delante del sofá, una alfombra turca.

AQUILES. Malos turcos te empalen á tí! Pero ¿quién ha mandado todo eso?

ROSA. Toma, la señora!

AQUILES. Oh! númenes del cielo empíreo! Mi esposa ha perdido la chaveta! ¡Vuelvo á sustraerla del número de los sabios de la Grecia... Mira, dí á esa gente que se largue de aquí al instante con todos sus trebejos.

ROSA. No haré yo tal, vaya! Me plantaria en la calle la señorita.

AQUILES. Pero, señor ¿quién manda aquí? ¿No soy yo tu amo?

ROSA. Usted... ya se ve, usted me pagaba cuatro duros de salario; pero... como la señorita me ha subido á ocho... véle ahí...

AQUILES. Pero, menguada, esos ocho duros ¿quién te los ha de pagar?

ROSA. En cuanto á eso no pase usted pena, que ya me han adelantado cuatro meses para hacerme ropa... Porque yo tambien tengo que darme tono, y presentarme como doncella de una señora elegante. (Llaman á la campanilla.) Allá voy. (Váse corriendo.)

ESCENA VI.

AQUILES, solo.

(Estupefacto.) Yo estoy aturdido! No hay remedio, á mi infeliz cónyuge se le han trastornado los cascos! Y sin embargo, aquí ha estado hablándome con tanto juicio! no alcanzo absolutamente...

ESCENA VII.

DICHO y ROSA.

ROSA. Señor, Señor, asómese usted á la ventana y verá usted qué bonito!

AQUILES. ¿Qué hay, qué ocurre?

ROSA. Mire usted lo que se nos entra en casa...

AQUILES. (Á la ventana.) Veo una preciosa berlina...

ROSA. Y qué caballo, eh?

AQUILES. Hermosísimo! Un caballo inglés como no tendré yo en mi vida.

ROSA. Se engaña usted de medio á medio, porque ese carruaje y ese caballo son de la señora.

AQUILES. (Dando un grito.) Eh?

ROSA. Muchito que sí. Y allá fuera está el hombre que los ha vendido.

AQUILES. Ya! y que viene á que yo le pague. Dile que se vuelva por donde ha venido, con su carricoche y con su bestia, que tu pobre ama está demente.

ROSA. Nada de eso, si está pagado: aquí me ha dado el recibo para que vea usted si está en regla.

AQUILES. (Leyendo.) «He recibido de la señora doña Diana de Ro«camora, doce mil y seiscientos reales vellon.» Pero, Señor, ó estoy soñando, ó estoy loco... ¿Es esta mi casa ó el manicomio de Leganés?

ROSA. Pero, ¿por qué enfadarse así? La fortuna se le ha entrado á usted por las puertas...

AQUILES. (Furioso.) ¿Y con qué picaporte ha abierto mi puerta

la señora fortuna? ¿En qué traje venia? Dímelo tú todo, y sin mentir, si no quieres que... te despampane.

ROSA. Ay qué furia! Yo, señor, no sé, pregúnteselo usted á la señorita. (Huye amedrentada.)

AQUILES. (Paseándose fuera de sí.) Diana! Diana! ¿Qué has hecho tú en esta ausencia de ocho dias... con sus ocho noches? Dímelo, mujer... mujer. No sé qué epíteto darte, me vuelvo loco. Tengo la cabeza como una olla de grillos... Y revueltos con los grillos hierven y borbollonean un coche tirado por un ama de cria, una modista montada en tres tapiceros, un caballo embozado en una alfombra turca mirándose á un espejo de muselina. (Pausa.) Pero á nada conduce este delirio; reflexionemos con sangre fria.—¿Donde y cómo puede haberse hecho mi mujer con tanto dinero? (Pausa y luego un grito.) Ah! Ya dí con ello! Sí, no hay duda, aquel afan de jugar á la loteria, contra mi prohibicion expresa. Sí, no es otra cosa... la loteria. Bien venida seas, oh idea consoladora, que has brotado súbito de mi frente! Peor hubiera sido que brotase cualquiera otra cosa. Oh! Diana, Diana, aunque ni Tháles, ni Solon, ni Cleóbulo, ni Periandro hayan jugado jamás un solo décimo; aunque no consta que Bias ni Pítaco comprasen la lista grande... Oh! Diana! Yo vuelvo á colocarte entre los sabios de la Grecia.

ESCENA VIII.

DICHO y el SASTRE.

SASTRE. (Dentro.) N'y a-t-il personne ici?

AQUILES. Qué oigo? La Francia en mi casa? Será intervencion armada?... Adelante quien sea. (Sale el Sastre.)

SASTRE. Pardon, monsieur. El señor Rocamora es quien tengo el honor de hablar?

AQUILES. Yo soy. ¿Qué se le ofrece á usted?

SASTRE. Monsieur... (Haciendo muchas cortesias ridiculas.)

AQUILES. Basta, basta de ceremonias y reverencias. Qué hay?

SASTRE. Monsieur, obediente á la comanda de madama, traigo aquí los habítos que el señor necesita.

AQUILES. Hábitos! ¿Pues quién me quiere vestir de fraile?

SASTRE. Oh! El señor plesanta con mucho espíritu; mas no es nada de fraile; yo no traigo que la última é más alta novedad de Paris.

AQUILES. Es que eso de los hábitos me parece á mí precisamente la última novedad.

SASTRE. Pardon, monsieur. (Va sacando de un envoltorio lo que dirá.) Voilá una levita mañifica. É aquí un frac negro habillé. El frac llamado de los soberanos, porque en la última exposicion universal se lo ensayaron sus majestades los emperadores de Austria, Francia y Rusia, su majestad el sultan Abdul-Azzis, su majestad el rey de Prusia, etséterra, etséterra, y todos se quedaron con este modelo.

AQUILES. ¿Y qué voy yo á hacer con una casaca que pertenece á seis ó siete soberanos?

SASTRE. Já! já! já! Mucho espíritu, mucho espíritu.—Aquí está tambien igualmente un pantalon Bismark, voilá, monsieur: un otro pantalon Garibaldi, un otro...

AQUILES. Cardenal Antonelli supongo.

SASTRE. Dos chalecos...

AQUILES. Sí, de fusil de aguja.—Pues mire usted, señor maestro, ahora mismo carga usted con todos esos ropajes... políticos, y se vuelve usted por donde ha venido.

SASTRE. Ramportar los ropaques, monsieur? El señor quiere hacerme regalo de todo esto?

AQUILES. Regalárselos á usted? no, señor; lo que quiero es no pagarlo.

SASTRE. Mais, monsieur, todo es pagado perfetamente; y ellos son hechos á vuestra mesura.

AQUILES. Y quién lo ha pagado?

SASTRE. Madama.

AQUILES. Mi mujer? Y ella es quien le ha dado á usted mis medidas?

SASTRE. Mais certainement.

AQUILES. Pues, señor, no faltaba más sino que anduviesen mis medidas por ese Madrid sin mi consentimiento.

SASTRE. No es mi negocio esto, sino decar al señor los habítos y esta nota acquitada; y con esto, monsieur, tengo el honor... (Se va haciendo cortesias.)

ESCENA IX.

AQUILES, solo, despues de haber mirado la cuenta.

Tres mil ochocientos reales! Pues, señor, no hay remedio; la California se ha trasladado á la cómoda de mi mujer.—Y á propósito de cómoda, ya que tengo otra llave, veamos si... (Registra varios cajones.) Nada!... Tampoco en éste... ¿En dónde habrá escondido el premio grande? Porque no hay que dudarlo, ha sido el grande... Ah! una bolsa! y nueva!... Onzas, billetes! Ya pareció la California. Pero ¿por qué habérmelo ocultado? Temerá mi enojo!... Oh Diana! Nada temas: tú jugaste por inspiracion. La fortuna te presentó su guedeja en forma de billete de loteria, y tú te agarraste á ella!... Oh! cómo me palpita el corazon; sus latidos amenazan romperme el gaban. Pero qué digo! Gaban rapado y transparente, yo te jubilo... con el haber que por clasificacion te corresponda... y quedando muy satisfecho de la lealtad... (Mientras dice esto, cambia de ropa, poniéndose algunas cosas de las que ha traido el Sastre, y metiéndose la bolsa en el bolsillo de la levita nueva.) Vistámonos... Engalanémonos... Ya somos ricos!

ESCENA X.

DICHO y ROSA.

ROSA. (Desde la puerta.) Anda! Y qué majo está mi amo!

AQUILES. Entra, Rosita, no tengas cortedad.

ROSA. (Adelantándose.) ¿Se le pasó á usted la furia?

AQUILES. Sí, hija; con este calmante. (Mostrándole el bolsillo.) Mira qué guapo estoy y qué elegante! Lo que yo quisiera saber es por qué Diana me ha ocultado la buena noticia.

ROSA. Pero, cómo! ¿Sabe usted ya?...

AQUILES. Todo lo sé, Rosa, todo.

ROSA. Pero quién ha podido?... Si nadie estaba enterado más que la señorita y yo.

AQUILES. Y mi penetracion? Lo adiviné, Rosita; venturoso billete!

ROSA. Pues por consejo mio fué.

AQUILES. Por consejo tuyo? Deja que te despachurre entre mis brazos.

ROSA. La señora no se atrevia por miedo de que usted...

AQUILES. Como que se lo tenia prohibido.

ROSA. Y decia la pobre: «No quiero, porque mi marido le ha tomado tema, y...

AQUILES. En efecto, lo aborrecia; pero ahora...

ROSA. Hacia usted mal; un señor tan bueno, tan amable.

AQUILES. Cómo? qué?

ROSA. Y ademas millonario, y tan rumboso...

AQUILES. (Con explosion de cólera.) Rumboso! Desventurada! Yo te hablo de un billete, y tú... ¿Qué número era? de qué loteria?

ROSA. Pero si aquí no hay loteria.

AQUILES. ¿Dónde está ese billete?

ROSA. Qué sé yo! él le tendrá.

AQUILES. *Él!* Quién es ese *él?* Dímelo, ó te estrangulo! (Se abalanza á ella.)

ROSA. Ay! ay! (Escapa por la derecha y cierra la puerta.)

AQUILES. Abre aquí, proterva, ó hundo la puerta á patadas... abre!

ESCENA XI.

AQUILES y un CARTERO.

CART. (Tocando á la puerta.) Ah de casa!

AQUILES. Si será *él*?—Quién es? adelante.

CART. (Saliendo.) El cartero.

AQUILES. ¿Cómo se ha colado usted hasta aquí?

CART. Señor, salia corriendo una criada, y me ha dicho que entre.—Esta carta para doña Diana Rocamora.

AQUILES. Aquí es. Vaya usted con Dios. (Váse el Cartero.) No conozco la letra. Si será de *él*? (La abre y mira la firma.) Ah! La nodriza. (Lee.) «Muy señora mia y doña Diana de »mi mayor aprecio. La presente sólo sirve para decir á »usted, de como estuve en su casa con la criatura, y se »la entregué á un señor... que tenia un gorro blanco! »porque la Rosa me dijo que podia de entregarle el »muchacho, porque era su segundo padre...» Cielo santo! Segundo! Pues no basta con uno! «Y dicho se»ñor me pagó la cuenta, y me dió media onza de pro»pina; Dios se lo pague.»—No puedo más... Se me turba la vista.—Mi Arturo! mi hijo! digámoslo así, en los brazos de un gorro blanco! Ya está todo descubierto; este gorro es la loteria; este gorro es la California; este gorro era la cochera de aquella berlina, y la cuadra de aquel caballo, y el telar de las alfombras turcas! Traicion... Deshonra! ¿Si estará aquí escondido? (Descorre la cortina del gabinete.) Qué veo! Aquí ha habido huéspedes. (Entra, y despues de pegar un grito, sale con un gorro blanco de dormir en las puntas de los dedos.) Aquí está la prueba! Aquí está el cuerpo del delito!—Mujer inícua! tiembla... Yo te exterminaré... yo te haré polvo. Yo pisotearé la cabeza de tu cómplice como hago con su gorro. (Pausa.) Pero ¿cómo descubrirle?... Calma... astucia... Disimulemos y finjamos. (Recoge el gorro y se le guarda.)

ESCENA XII.

DICHO y DIANA.

DIANA. Ya estoy acá de vuelta. Mírame, Aquiles; ¿qué te parece este sombrero blanco? ¿No tengo buen gusto?

AQUILES. (Pérfida! cómo finge!) Prs! Ppeck!... No me gustan mucho las cabezas con gorros blancos!

DIANA. ¿Y á esto le llamas gorro?

AQUILES. Le llamaré como tú quieras, pichona mia.

DIANA. Qué tono! y qué miradas! Estás de mal humor?

AQUILES. Qué disparate! Si estoy muy contento.

DIANA. Pues ya se ve que debes estarlo, como que vamos á ser muy felices.

AQUILES. Felicísimos!

DIANA. Sin pensar ya en la miseria.

AQUILES. (Qué descaro!) Y dime, chiquita, ¿cómo haremos para no pensar en la miseria?

DIANA. Pues ahí está el toque ¿No te he dicho que lo dejes á mi cargo?

AQUILES. Y ahí está el toque?... (El toque es el que vas á llevar tú.)

DIANA. Yo me compondré.

AQUILES. (Sí, no te compongas.) ¿Y tú te manejarás *solita*? Sin que *nadie* se mezcle en nuestros asuntos.

DIANA. (Si sospechará...)

AQUILES. Nadie, nadie? Vamos, responde. Tú *sola* mantendrás la casa, y hasta con lujo, sin que *nadie* te ayude?

DIANA. (Todo lo sabe.)

AQUILES. Callas! Enmudeces! Haces bien, porque no puedes pronunciar una palabra que no te queme los labios!

DIANA. En cuanto á eso, te engañas, hijo mio; mis labios no temen quemarse.

AQUILES. (Pero esto no es mujer, Dios mio, esto es una culebra de cascabel!)

DIANA. Pero ya comprendo; esa habladora de Rosa...

AQUILES. Rosa es digna criada de su ama. Se ha escapado por no confesar.

DIANA. (En tono jovial.) Pues amiguito, no tienes más remedio que aguardar á que te lo cuente yo todo.

AQUILES. Y tendrás valor?...

DIANA. Pues por qué no? Si todo me ha salido mejor de lo que tú te figuras.

AQUILES. (Que no tuviera yo aquí ahora un cañon rayado, un fusil Chassepot, un revólver de ciento noventa y siete asesinatos por segundo.) ¿Y cuándo piensas hacerme esa relacion?

DIANA. Cuando te calmes un poco; cuando se te quiten ciertas aprensiones; cuando te resuelvas á escribir una carta á nuestro bienhechor, y á arrojarte en sus brazos...

AQUILES. Yo! yo!... Basta, áspid, serpiente venenosa, tigre de la Hircania! Lo sé todo. Tengo las pruebas de tu iniquidad.

DIANA. Pero, ¿qué iniquidad ni qué pruebas?

AQUILES. Míralas... desventurada... Niega, si puedes... Desmiente á este testigo! (Saca el gorro, se le encasqueta, y cruzado de brazos se queda mirando á su mujer.)

DIANA. (Prorumpiendo en una carcajada.) Já! já! já! Qué facha tan ridícula! ¿De dónde has sacado ese gorro tan espantoso?

AQUILES. (Con tono y ademan trágico) De dónde? de allí, de aquel aposento; de sobre aquella poltrona, en donde yo tranquilo y descuidado reposaba esta cabeza, honrada entónces, y que tú has circundado de espinas! Pero... semejante afrenta no la sufriré... Huyo de tí... me ausento... te abandono... Toma tu bolsa. (Se la tira á los pies.) Toma tu levita, y tu chaleco... (Desabrochándose.)

DIANA. Pero, Aquiles! ¿Será posible que dudes de mi honradez, de mi virtud, porque te has encontrado un gorro?

AQUILES. Pues dime de quién es... de quién es este gorro?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, y ROSA, que sale apresurada.

ROSA. Señora, señora: por lo alto de la calle viene el señor capitan y trae en brazos á Arturito.

AQUIL. Un capitan? Venga y beberé su sangre.

DIANA. Pero, Aquiles! ¿no caes en quién es ese capitan?

AQUIL. Algun vándalo, algun troglodita.

DIANA. Si es tu tio.

AQUIL. Qué?

DIANA. Sí, tu buen tio. El pobre viejo no pudo resistir á una carta que le escribí pintándole nuestra situacion: diciéndole que no era gran crímen el que tú me hubieses preferido por amor á la mujer que él te proponia por ambicion... Le pedia que nos perdonase, le prometí que le escribirias.

AQUIL. Y así lo he hecho por el correo interior...

DIANA. Pues por eso viene sin duda. Y con nuestro chiquitin en brazos! Y todo me lo debes á mí.

AQUIL. Pues Dios te bendiga. (La abraza.)

RGSA. Y á mis consejos.

AQUIL. Pues á las dos os bendigo, y os coloco definitivamente entre los siete sabios de la Grecia.

FIN.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 10 de Febrero de 1868.

El Censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Marti.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	Viuda de Ibarra.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almeria.	M. Alvarez
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Aviles.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	P. Lopez Coron.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres,
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N, Taxonera.
Figueras.	M. Alegret
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	M. Lopez y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno:
Huesca.	K. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G Taboadela y F de Moya
Manila (Filipinas).	A. Ofona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D, Santolalla.
Murcia	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Ponteredra.	J. Bucetta Solla y Comp
Priego (Cordoba.)	J. de la Cámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos
Ronda.	Viuda de Gutierrez,
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	R. Martinez.
S Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	T. Perez
Valencia.	I, Garcia, F Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Grens.
Vitoria.	A Juan.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia

MADRID.

Librerias de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.